

DINERO, DESARROLLO Y ECOLOGIA

EL DESARROLLO SOSTENIBLE: DIALOGO DE DISCURSOS

Arturo Escobar*



El presente trabajo fue presentado originalmente en el Seminario «La Formación del Futuro: Necesidad de un Compromiso con el Desarrollo Sostenible», organizado por la Universidad Complutense de Madrid y el Programa Iberoamericano de Ciencia y

Tecnología para el Desarrollo (El Escorial, Agosto 23-27, 1993).

Agradezco al Sr. Jesús Sebastián la invitación al evento. Una versión anterior del trabajo fue publicada en la *Revista Foro* (Bogotá), No. 23, pp. 98-112, Abril de 1994.

* Departamento de Antropología. Universidad de

Massachusetts, Amherst, MA 01003, E.U.

INTRODUCCION: DEL PROBLEMA AL DISCURSO

El concepto de «desarrollo sostenible», o sustentable, aparece en condiciones históricas muy específicas. Es parte de un proceso más amplio, que podríamos llamar de problematización de la relación entre naturaleza y sociedad, motivada por el carácter destructivo del desarrollo y la degradación ambiental a escala mundial. Esta problematización ha sido influenciada por la aparición de los movimientos ambientalistas, tanto en el Norte como en el Sur, todo lo cual ha resultado en un complejo proceso de internacionalización del ambiente (Buttel, Hawkins y Power 1990). Como en toda problematización, han aparecido una serie de discursos que buscan dar forma a la realidad a que se refieren.¹ Estos discursos no son necesariamente descripciones «objetivas» de la realidad —como en general se pretende— sino reflejo de la lucha por definir la realidad en ciertas forma y no en otras.

Estas luchas siempre están ligadas al poder, así sea solo por el hecho de que de unas percepciones y definiciones dadas saldrán políticas e intervenciones que no son neutras en relación a sus efectos sobre lo social.²

A principios de los setenta, especialmente con la conferencia de Estocolmo (1972) y los informes del Club de Roma sobre «los límites del crecimiento», apareció una categoría de análisis inusitada: «los problemas globales». Dentro de esta perspectiva, el mundo es concebido como un sistema global cuyas partes están interrelacionadas, requiriendo por tanto formas de gestión igualmente globalizadas y globalizantes. En el presente artículo, analizaremos tres de estas respuestas a la problematización de la relación entre naturaleza y sociedad desde la perspectiva de la globalización del ambiente. Para facilitar el argumento, calificaremos estas respuestas con los epítetos de liberal,

culturalista, y ecosocialista respectivamente. Las tres primeras partes del trabajo estarán dedicadas al recuento crítico de los tres discursos. En la cuarta y última parte, se presenta un breve análisis de la reinención de la naturaleza que está siendo producida por ciencias tales como la biología molecular y la genética, y por tecnologías biológicas e informáticas. Se arguye que estamos pasando de un régimen de naturaleza orgánica (de origen premoderno, hoy minoritario) y de naturaleza capitalizada (moderno, hoy dominante), a un régimen de naturaleza construida (postmoderno y ascendiente). La pregunta general que el trabajo se hace es entonces: ¿Qué está ocurriendo con la naturaleza en el umbral del Siglo XXI? ¿Qué forma está tomando la lucha por la naturaleza, y cómo esta lucha se refleja en los discursos y las prácticas?

«NUESTRO FUTURO COMUN»: EL DISCURSO LIBERAL DEL DESARROLLO SOSTENIBLE

Es innegable que el esfuerzo por articular la relación entre naturaleza y sociedad más difundido en los últimos años lo representa el famoso Informe Brundtland, publicado en 1987 bajo la dirección de Gro Harlem Brundtland, primera ministra de Noruega. El Informe, publicado en varios idiomas bajo el título de *Nuestro Futuro Común*, lanzó al mundo la noción de «desarrollo sostenible». Su párrafo introductorio reza de la siguiente manera:

En la mitad del siglo XX, vimos nuestro planeta desde el espacio por primera vez. Tarde o temprano los historiadores encontrarán que esta visión tuvo un impacto mayor sobre el pensamiento que la revolución de Copérnico del siglo XVI, la cual cambió por completo la imagen de noso-

¹ El estudio de las «problematizaciones de la verdad» como la la historia de los discursos a que ellas dan lugar ha sido propuesto por Foucault (1985).

² «La distintas percepciones ideológicas de la problemática ambiental se han traducido en diferentes formaciones discursivas (sobre las causas de la crisis de recursos, sobre las desigualdades del desarrollo econó-

mico, sobre la distribución social de los costos ecológicos, sobre los beneficios y desventajas de la dependencia tecnológica y cultural), y ha establecido las condiciones de apropiación y de utilización política de un discurso, de ciertos conceptos 'ambientales'» (Leff 1986a: 80).

tros mismos al revelar que la tierra no es el centro del universo. Desde el espacio, vimos una pequeña y frágil esfera dominada no por la actividad humana, sino por un patrón de nubes, océanos, áreas verdes y suelos. La incapacidad de la humanidad para encuadrar sus actividades dentro de este patrón está cambiando los sistemas planetarios en formas fundamentales. Muchos de estos cambios vienen acompañados de amenazas letales. *Esta nueva realidad, de la cual no hay escapatoria, debe ser reconocida y gerenciada.*

[World Commission 1987: 1; mi subrayado]³

El discurso del Informe Bruntland parte del corazón mismo de la modernidad occidental. Es por esta razón que lo llamamos liberal, no en un sentido moral o político, sino en un sentido fundamentalmente antropológico y filosófico. El mundo de Bruntland, en efecto, da por sentadas una serie de realizaciones de la modernidad liberal del Occidente: la creencia en la posibilidad de un conocimiento científico objetivo, cuya veracidad está asegurada por el ejercicio instrumentado de la vista (la visión desde el espacio es la misma visión a través del microscopio del biólogo, es decir, la visión científica); una actitud frente al mundo que exige que este sea considerado como algo externo al observador, pudiendo entonces ser aprehendido como tal, conocido y manipulado (la famosa división entre sujeto y objeto del Cartesiano); la insistencia en que la realidad social puede ser «gestionada», que el cambio social puede ser «planificado», y que la gestión de lo social puede ser mejorada paulatinamente, ya que los nuevos conocimientos pueden ser retroalimentados en los esquemas de la realidad vigentes para así modificar y afinar las intervenciones.

Pero tal vez el rasgo de la modernidad que el discurso liberal del desarrollo sustentable asume con mayor claridad es el de la existencia de una cultura económica dada. Es sabido que la modernidad descansa no solo en una estructura epistemológica particular, si-

no en una serie de concepciones y prácticas llamadas «económicas», también inusitadas desde el punto de vista antropológico e histórico. El desarrollo de la cultura económica de Occidente, y su consolidación hacia finales del siglo XVIII, requirió de procesos sociales muy complejos, que solo pueden ser mencionados brevemente en este trabajo. La expansión del mercado, la mercantilización de la tierra y el trabajo, las nuevas formas de disciplina en las fábricas, escuelas, hospitales, etc., las doctrinas filosóficas basadas en el individualismo y utilitarismo, y, finalmente, la constitución de la economía como una esfera «real», autónoma, con sus propias leyes e independiente de «lo político», «lo social», «lo cultural», etc., son tal vez los elementos más sobresalientes de la *construcción histórica* de la cultura económica occidental.

Para el ser moderno, el hecho de que exista algo llamado economía no puede ser puesto en duda. Esto significaría dudar de la modernidad misma. Desde el punto de vista antropológico, sin embargo, eso que hoy se nos aparece como una realidad indubitable —la existencia de los mercados, los precios, las mercancías, etc.— es una concreción relativamente reciente. Si miráramos al Occidente desde en una de las mal llamadas sociedades «primitivas», o desde una sociedad campesina del Tercer Mundo actual, percibiríamos sin grandes dificultades que el comportamiento económico de los modernos es bastante peculiar. La misma distinción entre lo económico, lo político, lo religioso, etc. —distinciones esenciales para la modernidad— no existen en estas sociedades. Esto tiene consecuencias serias para la relación naturaleza-sociedad, como veremos.

La cultura económica occidental cuenta muchas historias de importancia para los ecologistas. Nos habla, por ejemplo, de que la naturaleza está compuesta de «recursos», de que estos son «limitados» y, por tanto, con valor «monetario» y sujetos a ser «poseídos». Nos habla también de que los deseos del «hombre» son «ilimitados» y que, dada la escasez de los recursos, sus necesi-

³ Las traducciones del inglés son mías.

dades solo pueden ser satisfechas a través de un sistema de mercado regulado por precios; de que el bien social se asegura si cada individuo persigue su propio fin en la forma más eficiente posible; nos instiga a pensar, finalmente, que la bondad de la vida, su «calidad», se mide en términos de productos materiales, de tal forma que los otros elementos de la cultura se desvanecen en los intersticios de esa estructura ya sólida y estable que es la civilización económica de occidente.

Estas premisas culturales están implícitas en el discurso dominante del desarrollo sostenible; se repiten en todos los espacios en donde circula el discurso liberal, desde el Banco Mundial hasta muchas de las ONGs que actúan a nivel local. Quien fuera presidente del Banco Mundial en el momento de la publicación del Informe Brundland resumió en forma sucinta el enfoque economista del discurso al decir, en un importante documento, que «una ecología sana es buena economía» (Conable 1987: 6). Ya veremos lo que los culturalistas y los ecosocialistas dicen sobre esta igualdad entre ecología y economía. «La planificación ambiental» —decía Conable en la misma charla— «puede maximizar los recursos naturales, de tal forma que la creatividad humana pueda maximizar el futuro» (p. 3). La economización de la naturaleza que supone esta situación histórica puede ser llevada a sus conclusiones lógicas, tales como en la propuesta cada vez más audible de que se privaticen todos los recursos naturales. Según estos economistas, esto involucraría una simple operación: la asignación de precios generalizada.

La solución no sería otra que la de aceptar que «todos los recursos deben tener títulos, y todo el mundo debe tener derecho a estos recursos», como lo expresaba un economista recientemente (Panayatou 1991: 362). Se trataría de extender el sistema de precios a todos los aspectos de la naturaleza que sea posible, incluyendo el aire, el agua, los genes, etc.

Es necesario mencionar que la tendencia privatizante de los recursos se está convirtiendo en realidad en muchos países del Tercer Mundo, particularmente en América Latina, en el marco de las políticas de ajuste económico y de «apertura» de corte neoliberal (y post-neoliberal). Sin embargo, la teorización latinoamericana del desarrollo sostenible difiere en forma significativa del discurso de Brundland, así bien no constituya una propuesta radical. La perspectiva latinoamericana del desarrollo sostenible comienza por afirmar la necesidad de diferenciar los problemas ecológicos por regiones, sin caer en una peligrosa homogenización del ambientalismo global. Se le da importancia a aspectos no tocados por Brundland en forma adecuada, tales como la deuda externa, la caducidad de los modelos de desarrollo convencionales, las desigualdades mundiales y la deuda ambiental histórica de los países del Norte, la equidad, la importancia de respetar el pluralismo cultural, y la protección del patrimonio natural y genético de la región. Más claramente que sus contrapartidas en el Norte, y a pesar de una persistencia del enfoque tecnocrático de la planificación, los teóricos latinoamericanos del desarrollo sostenible se ven abocados a una conceptualización de la ecología como sujeto político (CEPAL 1990; Gligo 1991).⁴

Hasta aquí lo fundamental del discurso liberal del desarrollo sostenible. Hemos sugerido como metodología que antropologicemos nuestra propia cultura occidental, es decir, que tomemos cierta distancia de lo que hace posible nuestra práctica diaria, para así ver, desde la distancia que nos permite el análisis, las estructuras históricas de donde surge el discurso del desarrollo sostenible. Digamos por lo pronto que este discurso, como cualquier discurso, no es ni verdadero ni falso en sí mismo, sino que produce «efectos de verdad», como lo explica Foucault. El discurso del desarrollo sostenible, en otras palabras, entra a parti-

⁴ Véanse los trabajos de la CEPAL y de la Unidad Conjunta CEPAL/PNUMA, tales como CEPAL (1990a, 1990b, 1991a, 1991b). Véase también Dourojeanni (1991); Gligo (1991). Una útil recopilación de re-

señas sobre el tema ha sido editada por CEPAL (1992). Agradezo a Nicolo Gligo su ayuda con estas referencias y conversaciones sobre el tema.

cipar en la producción de la realidad. Veamos qué dicen los críticos culturalistas de esta propuesta.

EL DISCURSO CULTURALISTA: LA MUERTE DE LA NATURALEZA Y EL NACIMIENTO DEL AMBIENTE

Más que una propuesta en sí, el discurso culturalista constituye una crítica al discurso liberal que acabamos de analizar.⁵ Lo llamamos culturalista simplemente porque pone énfasis en la cultura como instancia fundamental de nuestra relación con la naturaleza. De hecho, el discurso culturalista comienza por someter a juicio aquello que el liberal da por sentado: la cultura economicista y científica de occidente. En efecto, es en esta cultura donde los culturalistas hayan el origen de la crisis ambiental actual. La objetivización de la naturaleza por la ciencia moderna reduccionista; su explotación como recurso por las economías de mercado; el deseo ilimitado de consumo instigado por el postulado de la escasez; la subordinación de la mujer por el hombre (que algunas analistas ven como la otra cara de la moneda del control de la naturaleza por el humano); y la explotación de los no occidentales por los occidentales, son los mecanismos culturales principales que han llevado al mundo moderno a la destrucción sistemática de sus entornos biofísicos, de acuerdo a la crítica culturalista. Analicemos en detalle algunos de estos aspectos.

Uno de los puntos claves a que se refieren los culturalistas es el tratamiento de la naturaleza como mercancía. El presupuesto de la escasez, por otro lado, contribuye a cimentar la opinión de que lo que cuenta es encontrar formas más eficientes de usar los recursos, no sacar a la naturaleza del circuito del mercado. Como lo anota claramente

el Informe Bruntland, el objetivo de la gestión ambiental debe ser «producir más a partir de menos» (World Commission 1987: 15). La Comisión no está sola en afirmar este punto. Año tras año, esta convicción es renovada por los informes anuales del World Watch Institute (los informes *State of the World*), otra de las grandes fuentes de los ecodesarrollistas. La ecología, como lo afirma perceptivamente Wolfgang Sachs (1988), se reduce en estos informes a una forma de mayor eficiencia. Más grave aún, la economización de la naturaleza permite que hasta las comunidades más remotas del Tercer Mundo sean arrancadas de su contexto local y redefinidas como recursos a ser gerenciados. Comienzan así estas comunidades su largo y peligroso viaje hacia la economía mundial.

En general, los culturalistas ponen de relieve las consecuencias de la cultura economicista dominante sobre la forma en que nos relacionamos con la naturaleza. Más aún, rehusan aceptar propuestas tales como la del «reverdecimiento de la economía» (Marglin 1992) y los intentos por subordinar la economía a los intereses sociales y ecológicos. Para estos críticos es simplemente imposible racionalizar la defensa de la naturaleza en términos económicos. Aquellos ecologistas y economistas ambientales que así lo hagan solo estarían contribuyendo con sus bien intencionados argumentos a extender la sombra que la economía tiende sobre la vida y la historia.

Una denuncia hecha tanto por culturalistas como por ecosocialistas sobre el discurso liberal del desarrollo sostenible es la imposibilidad de reconciliar crecimiento económico y ambiente. Al adoptar el concepto de desarrollo sostenible, en efecto, se intenta reconciliar a estos dos viejos enemigos (Martínez Alier 1992; Redclift 1987; Escobar 1994a). Esta articulación de ecología y economía está encaminada a crear la im-

⁵ Aunque el grupo de culturalistas no es homogéneo, la mayoría comparten ciertas posiciones, tales como su oposición radical al desarrollo, su postura crítica frente a la ciencia, y su defensa de los movimientos alternativos de base. Nos referimos a autores tales como Wolfgang Sachs, Ivan Illich, Barbara Duden (Alemania); Jean Robert y Gustavo Esteva (México); Ashis Nandy, Vandana Shiva, Shiv Visvanathan, y Claude Al-

vares (India); Frédérique y Steve Marglin (EE.UU.). Las revistas *The Ecologist* (Londres), *Alternatives* (Delhi/New York), e *IFDA Dossier* (Suiza) incluyen con frecuencia contribuciones de este grupo de autores y otros similares. El autor del presente artículo ha participado en algunas reuniones con miembros de este grupo. Una obra colectiva del grupo es *The Development Dictionary* (Sachs, ed. 1992).

presión de que solo se necesitan pequeños ajustes en el sistema de mercados para inaugurar una época de desarrollo ecológicamente respetuoso, encubriendo el hecho de que el marco de la economía —tanto por su individualismo metodológico como por su estrecho marco disciplinario y su cortoplacismo— no puede llegar a acomodar las demandas ambientalistas sin una modificación muy sustancial a su estructura, como arguyen los culturalistas (Norgaard 1991; Gligo 1991a).

En el discurso liberal del ecodesarrollo, no hay duda de que el crecimiento económico es necesario para erradicar la pobreza. Como se piensa que la pobreza es tanto causa como efecto de los problemas ambientales, el crecimiento económico se hace necesario para eliminar la pobreza, con el objetivo, a su vez, de proteger el ambiente. Este círculo vicioso se presenta dado el empirismo del discurso liberal, el cual ha llevado a los analistas de ecosistemas a concentrarse en las actividades «depredadoras» de los pobres, sin discutir satisfactoriamente la dinámica social que genera la actividad eco-destructiva de los pobres. La razón no es otra que los mismos procesos de desarrollo económico que han desplazado a las comunidades de indígenas y campesinos de sus entornos habituales, empujándolos a sitios y ocupaciones donde necesariamente tienen que afectar negativamente el ambiente. Así, la economía de visibilidades efectuada por el discurso liberal del desarrollo sostenible tiende a colocar la culpa de la crisis ecológica en los pobres del Tercer Mundo, más que en las grandes fuentes de contaminación en el Norte y los estilos de vida anti-ecológicos propagados desde el Norte a través del colonialismo y el desarrollo.

Como lo manifiesta enfáticamente el ecologista catalán Joan Martínez Alier, «la idea de que el crecimiento económico es 'bueno' para el ambiente no puede ser aceptada ... Un crecimiento económico generalizado puede agravar, en vez de disminuir, la degradación ambiental, aunque la misma

riqueza permita destinar más recursos a proteger el ambiente contra los efectos causados por ella misma» (1992: 11). Más aún, la ilusión del crecimiento económico continuado es alimentada por los ricos del mundo para tener a los pobres en paz. Por el contrario, la idea correcta es que el crecimiento económico lleva al agotamiento de recursos (y a la contaminación) y eso perjudica a los pobres. Existe un conflicto entre la destrucción de la naturaleza para ganar dinero y la conservación de la naturaleza para poder sobrevivir. ... La supervivencia de estos grupos [indígenas y campesinos] no queda garantizada por la expansión del sistema de mercado sino que es amenazada por éste. [1992: 17]

En resumen, la redefinición del crecimiento económico que el discurso de desarrollo sostenible intenta realizar no logra pasar por los filtros conceptuales de culturalistas y ecologistas. Un conocido crítico del discurso liberal del ecodesarrollo, el ecologista alemán Wolfgang Sachs, ha resumido este problemático aspecto de este discurso al señalar que, a diferencia de las propuestas de los años setenta (tales como la de los informes el Club de Roma), los cuales se centraban en «los límites del crecimiento», el discurso liberal de los ochenta se centra en «el crecimiento de los límites» (Sachs 1988).

Una de las principales contribuciones de los culturalistas es su interés en rescatar el valor de la naturaleza como ente autónomo, fuente de vida no solo material sino también espiritual. Esta insistencia en el valor de la naturaleza en sí proviene del contacto que muchos de los ellos han tenido con poblaciones indígenas y campesinas del Tercer Mundo, para las cuales la naturaleza no es ni un ser aparte, ni algo externo a la vida humana. Como es bien sabido, en muchas de las culturas llamadas «tradicionales» hay una continuidad entre el mundo material, el mundo espiritual, y el mundo humano. El ecofemismo igualmente resalta la cercanía que ha existido en numerosas sociedades entre la mujer y la naturaleza.⁶

⁶ La relación entre ciencia reduccionista, sociedad patriarcal y capitalismo ha sido analizada exhaustivamente por la física y ecóloga indú Vandana Shiva (1989).

Para Shiva, la violencia contra la naturaleza y la violencia contra la mujer son aspectos del mismo fenómeno, es decir, la construcción de una sociedad sobre las

Es indudable que la «naturaleza» ha cesado de ser un actor social importante en gran parte de la discusión sobre el desarrollo sustentable. Si revisáramos la mayoría de los textos al respecto, probablemente encontraríamos que la palabra «naturaleza» rara vez se menciona. Se mencionan recursos naturales, ambiente, diversidad biológica, etc., pero no la aparentemente anticuada noción de naturaleza. La desaparición de la naturaleza es un resultado inevitable del desarrollo de la sociedad industrial, la cual ha efectuado la transformación de naturaleza en ambiente. Para aquellos dados a una visión de la naturaleza como recurso, el ambiente se convierte en un concepto indispensable. En la forma en que se usa el término hoy en día, el ambiente representa una visión de la naturaleza de acuerdo al sistema urbano-industrial. Todo lo que es indispensable para este sistema deviene en parte del ambiente. Lo que circula no es la vida, sino materias primas, productos industriales, contaminantes, recursos. La naturaleza es reducida a un ser inerte, a un mero apéndice del ambiente. Estamos asistiendo a la muerte simbólica de la naturaleza al mismo tiempo que presenciamos su degradación física (Sachs 1992).

Implícito en el discurso liberal del desarrollo sostenible es la creencia de que debe ser (una vez más!) la mano benevolente de Occidente la que salve la tierra. Son los Padres del Banco Mundial junto a las ecócratas del Tercer Mundo que circulan en el jet-set internacional de consultores ambientales, quienes habrán de reconciliar a la humanidad con la naturaleza. Siguen siendo los occidentales los que hablen por la tierra. Solo en una segunda instancia se invita a las comunidades del Tercer Mundo a compartir su «conocimiento tradicional» en el los augustos templos del saber occidental y las organizaciones internacionales. Es por todo esto que un prominente crítico indú, Shiv Visvanathan, se refiere al mundo de Bruntland como a «un cosmos desencantado». Constituye una renovación del contrato entre la ciencia moderna y el estado que resul-

ta en una visión empobrecida del futuro. Como otros culturalistas, Visvanathan manifiesta su preocupación por la influencia del lenguaje del desarrollo sostenible entre los ecologistas, y hace un llamado ardiente a éstos a resistir la cooptación: Bruntland busca cooptar los mismos grupos que están creando una nueva danza de la política, para la cual la democracia no es solamente orden y disciplina, donde la tierra es un cosmos mágico y la vida todavía un misterio a ser celebrado ... Los expertos del estado globalizado y globalizante querrían cooptarlos, convirtiéndolos en un mundillo de consultores de segunda clase, en un orden venido a menos de enfermeros y paramédicos condenados a asistir a los «verdaderos» expertos. Es precisamente esto lo que buscamos evitar mediante la creación de una explosión de imaginaciones disidentes, la misma que los expertos buscan destruir con sus gritos de carencia y exceso. El mundo de la ciencia oficial y el estado-nación no solo está destruyendo los suelos y sedimentando los lagos, está *congelando la imaginación*. Debemos ver al Informe Bruntland como una forma de analfabetismo letrado, y decir una oración por la energía gastada y los árboles desperdiciados en publicarlo. Y, finalmente, decir una pequeña oración, una apología por el árbol que suministró el papel para este documento. Gracias, árbol. [Visvanathan 1991: 384]

Desde la perspectiva liberal, los culturalistas aparecen como unos bien intencionados románticos, cuyo sentido del realismo deja mucho que desear. De hecho, los culturalistas ofrecen un programa de trabajo, expresado en un reciente llamado al «Fin del Desarrollo y el Comienzo de la Tarea de Regeneración», lanzado por un grupo internacional de activistas y académicos reunidos bajo el manto de la «Red Internacional para las Alternativas Culturales al Desarrollo» (INCAD).

Por tanto, hacemos un llamado al fin del desarrollo, e invitamos a las gentes del mundo a comenzar la tarea de reconstruir, rearmar, regenerar, después del final de

bases de un «conocimiento científico» que, por su marcado sesgo reduccionista, hace violencia sobre el obje-

to de conocimiento. Véase también el trabajo de Merchant (1980).

la tormenta [los cuarenta años de desarrollo]. Esto pudiera requerir crear comunidades regenerativas que combinen creativamente los escombros de la modernidad con los remanentes de las tradiciones. Creemos que ha llegado la hora de reconocer el pluralismo radical del mundo. Tenemos que embarcarnos en un proceso total de regeneración, bajo la premisa de que no puede haber ningún criterio universal bajo el cual esto pueda realizarse. [INCAD 1992: 1].⁷

El documento, publicado en mayo de 1992 como una advertencia a lo que sería la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Ambiente y el Desarrollo en Río de Janeiro unas semanas después —como una advertencia, contra el «reverdecimiento del desarrollo»— incluye llamados al desarme cultural del occidente de tal forma que se abra campo para otras culturas; la desmercantilización de la naturaleza; y la promoción de estilos de vida basados en valores post-económicos. Como ejemplos de estrategias a seguir, este grupo propone la reducción paulatina tanto de la deuda del Tercer Mundo como del PNB de los países industrializados a niveles anteriores a los de 1960; la disminución radical del consumo de petróleo y energía; y el desmantelamiento de los sistemas educativos y armamentistas modernos.

LA CAPITALIZACION DE LA NATURALEZA: VISIONES ECOSOCIALISTAS

La crítica ecosocialista al discurso liberal del desarrollo sostenible comparte muchas de las observaciones de los culturalistas. Se diferencia de estas últimas, sin embargo, por la mayor atención que presta a la economía política como base conceptual de la crítica. El punto de partida es una economía política reformada, centrada en la teorización de la naturaleza del capital en lo que se ha dado en llamar su «fase ecológica» (M. O'Connor 1993). En esta fase, arguyen los teóricos

ecosocialistas, el capital opera en dos formas distintas e interrelacionadas. Llamémoslas las formas moderna y posmoderna del capital ecológico.

1. *La forma moderna del capital ecológico.*

La primera forma que el capital toma en su fase ecológica opera de acuerdo a la lógica de la cultura y racionalidad capitalista modernas. Se resalta, sin embargo, un cambio en el modo de operación del capital mismo. Este cambio es entendido en términos de lo que James O'Connor llama «la segunda contradicción» del capitalismo. Recordemos que, de acuerdo a la teoría marxista clásica, la contradicción fundamental del capital es entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, o entre la producción y realización del valor y la plusvalía. Esta primera contradicción es bien conocida por los economistas políticos.

Hay, sin embargo, un segundo aspecto de la dinámica del capitalismo que se ha convertido en acuciante con el agravamiento de la crisis ecológica contemporánea. Este aspecto define la llamada «segunda contradicción» del capitalismo. La hipótesis central de este concepto es que el capitalismo se reestructura cada vez más a expensas de las llamadas «condiciones de producción». Una «condición de producción» se define como cualquier elemento que es tratado como una mercancía aunque no se produzca como tal (es decir, aunque no sea producido de acuerdo a las leyes del valor y el mercado). La fuerza de trabajo, la naturaleza, el espacio urbano, etc. son condiciones de producción en este sentido. Vale la pena recordar que Karl Polanyi (1957) se refirió a la tierra (es decir, la naturaleza) y al trabajo (la vida humana) como «mercancías ficticias». La historia de la modernidad, de esta forma, puede ser vista como una capitalización progresiva de las condiciones de producción. Para dar algunos ejemplos, el cultivo de árboles en plantaciones capitalistas, la privatización

⁷ INCAD es administrado por el Intercultural Institute of Montréal, 4917 Saint-Urbain, Montréal, Canada H2T 2W1. La mayoría de los «culturalistas»

mencionados en este trabajo participaron en la preparación de este documento.

de derechos a la tierra y al agua, y la formación de la fuerza de trabajo son instancias de la capitalización de la naturaleza y la vida humana.

Al degradar y destruir sus propias condiciones de producción (por ejemplo, la lluvia ácida, la salinización de las aguas, la congestión y contaminación, etc., todo lo cual redundará en costos para el capital), el capital tiene que encarar este hecho para mantener los niveles de ganancia. Esto lo hace de muchas maneras, tales como el aceleramiento del cambio tecnológico, el abaratamiento de las materias primas, y mayor disciplina y menores salarios para la fuerza de trabajo. Estas maniobras, sin embargo, requieren cada vez mayor cooperación e intervención estatal, haciendo más visible la naturaleza social y política de los procesos de producción; al hacerse más visible el contenido social de políticas aparentemente neutras y benignas (incluyendo la planificación ambiental, que cada vez más tiene que entrar a mediatizar la relación entre naturaleza y capital), también se hacen más susceptibles de teorización y oposición por parte de los movimientos sociales o los sectores afectados por ellas. Los «lobbies» montados por las ONGs o grupos ambientalistas del Tercer Mundo para ejercer un control mínimo sobre el Banco Mundial, por ejemplo, son instancias de esta creciente socialización del proceso de acumulación de capital motivado por la segunda contradicción.

El otro lado de la moneda es que las luchas sociales por la defensa de las condiciones de producción —el ambientalismo en general, las luchas de las mujeres por el control del cuerpo, las movilizaciones en contra de los basureros tóxicos en los vecindarios pobres del Norte y el Sur, las luchas contra la destrucción de la biodiversidad y la privatización de los servicios, etc.— también contribuyen a hacer más visible el carácter social de la producción, de la vida, la naturaleza, el espacio, etc. y pueden por tanto constituir una barrera para el capital. Estas luchas tienen dos caras: luchas por proteger las condiciones de producción ante la lógica destructiva del capital; y las luchas por el control de los programas y políticas estatales y del capital para estruc-

turar las condiciones de producción (usualmente a través de una mayor privatización y capitalización). En otras palabras, los movimientos sociales tienen que enfrentar simultáneamente la destrucción de la vida, el cuerpo, la naturaleza y el espacio y la restructuración de estas condiciones inducida por la crisis ecológica creada por el capital mismo (J. O'Connor 1988, 1991), todo lo cual requiere a su vez la democratización del estado, la familia, y las comunidades locales.

Para los ecosocialistas, las luchas contra la pobreza y la explotación son luchas ecológicas. Existe un cierto «ecologismo de los pobres» que deriva del hecho de que «los pobres, al pedir acceso a los recursos contra el capital y/o contra el estado, contribuyen al mismo tiempo a la conservación de los recursos. La ecología de la supervivencia hace a los pobres conscientes de la necesidad de conservar los recursos» (Martínez Alier 1992: 19). Debe añadirse que tanto los culturalistas como algunos ecosocialistas resaltan el hecho de que con frecuencia estas luchas son también luchas de género. En efecto, la destrucción de las condiciones de producción —reflejada, por ejemplo, en mayores dificultades para acceder a agua, leña y alimentación— afecta a la mujer en forma especial, y contribuye a transformar las relaciones de clase y género, en detrimento de las mujeres pobres. Se ha probado también que las llamadas políticas de ajuste impuestas por el FMI afectan más duramente a las mujeres de las clases populares (Benería y Feldman, eds. 1992). La pregunta que surge, desde la perspectiva de la ecología política, es cómo se debe integrar la variable de género y las luchas de la mujer a la teorización de la relación entre capital y naturaleza. Tanto los culturalistas como los ecosocialistas reconocen que hay que avanzar mucho más en la elaboración de un marco teórico adecuado del género en los análisis y conceptos alternativos de ecología y sociedad.

2. La forma postmoderna del capital ecológico

Martin O'Connor, ecosocialista neozelandés, sugiere que el capital está adqui-

riendo una nueva modalidad en lo que denomina la «fase ecológica». Ya la naturaleza no es vista como una realidad externa a ser explotada por cualquier medio, como en la concepción predominante de la modernidad; ahora la naturaleza es vista como una fuente de valor en sí misma. Por lo tanto, «la dinámica primaria del capital cambia de forma, de la acumulación y crecimiento en base a una realidad externa, a la conservación y autogestión de un sistema de naturaleza capitalizada cerrada sobre sí misma» (1993: 2). Este nuevo proceso de capitalización de la naturaleza —más profundo que el precedente— es efectuado a nivel de la representación: aspectos que antes no estaban capitalizados, ahora se convertirán en internos al capital por medio de una nueva «conquista semiótica». Expliquemos este concepto de reconversión semiótica de la naturaleza.

En el discurso de la biodiversidad, por ejemplo, la naturaleza es vista no tanto como materia prima a ser usada en otros procesos, sino como reserva de valor en sí misma; este valor, por supuesto, debe ser liberado para el capital (y, en teoría, para las comunidades que lo han cultivado) por medio del conocimiento científico y la biotecnología. Esta es una de las razones por las cuales las comunidades autóctonas —tales como las comunidades indígenas y campesinas en las regiones de bosque tropical húmedo del Tercer Mundo— están siendo finalmente reconocidas como dueñas de sus territorios (o lo queda de ellos), pero solo en la medida en que acepten verlos —y a ellas mismos— como reservas de capital. En varias partes del mundo (como en aquellos países donde se están implementando proyectos de conservación de la biodiversidad bajo el patrocinio del Global Environment Facility, GEF, del Banco Mundial), las comunidades locales están siendo invitadas a convertirse en «guardianes de los 'capitales' natural y social, cuyo manejo sustentable es, en consecuencia, tanto su responsabilidad como una cuestión de la economía mundial» (M. O'Connor 1993: 5). Martin O'Connor se refiere a este proceso como «la conquista semiótica del territorio», es decir, el hecho de que todo —hasta los genes mismos como veremos— caen bajo la dictadura del código

de la producción, de la visión económica y la ley del valor. Todo parece ya estar economizado, en la opinión de O'Connor. La realidad social y natural se convierte, en la frase de Baudrillard (1975), en «el espejo de la producción». No hay «naturaleza» (genes y moléculas) que no esté mediatizada por el signo del dinero y el valor.

Es necesario agregar que esta forma postmoderna del capital ecológico depende no solamente de la conquista semiótica del territorio y de las comunidades, sino también de la conquista semiótica de los conocimientos locales. La biología moderna comienza a darse cuenta que los llamados «conocimientos tradicionales» pueden ser un complemento útil en la conquista científica de la biodiversidad. Los discursos sobre los conocimientos locales e indígenas, sin embargo, no respetan la lógica de dichos conocimientos. Por el contrario, juzgan, a la manera occidental, que estos conocimientos existen en «la mente» de algunas personas (shamanes, ancianos, curanderos, etc.), y que se refieren a «objetos» discretos («plantas» y «especies»), cuyo «valor» o «utilidad» médica, económica o científica será revelado por su poseedor al experto moderno que entra en diálogo con este. Pocas veces se dan cuenta los expertos modernos que los conocimientos populares son complejas construcciones culturales que involucran no objetos en sí, sino procesos que son profundamente históricos y relacionales. Más aún, los sistemas de conocimientos no completamente modernizados generalmente dependen de formas de pensamiento muy diferentes a las occidentales; algunos filósofos se refieren a estos conocimientos como formas de pensamiento «nómadas» (Deleuze y Guattari 1987). Al introducirlos en la política de la ciencia moderna, con frecuencia el resultado es una simple recodificación del conocimiento original en términos modernos. Tampoco se tiene en cuenta que, según Martínez Alier, el ecologismo de los pobres tiene un componente implícito de resistencia semiótica, en la medida en que los pobres «tratan de guardar los recursos naturales fuera de la economía crematística, bajo control comunal ... pidiendo que la naturaleza se quede en el campo de la economía política popular, y no entre en la lógica del mercado ni tampoco en

la lógica de servicio al Estado» (1992: 21).

Desde la perspectiva ecosocialista, para resumir, el discurso liberal del desarrollo sostenible no pretende la sustentabilidad de la naturaleza sino la del capital; desde la culturalista, lo que está en juego es la sustentabilidad de la cultura occidental. Queda por ver qué papel podrán jugar los movimientos sociales frente a estos procesos. ¿Podrán insertarse creativamente y efectivamente en los nuevos proyectos del capital, el desarrollo y el estado? ¿Podrán resistir la triple conquista semiótica del territorio, las comunidades, y los conocimientos populares? Es aún muy temprano en el nuevo juego del capital ecológico para dar una respuesta contundente. Una cosa es clara, desde la perspectiva ecosocialista: los movimientos sociales y las comunidades del Tercer Mundo necesitan articular estrategias productivas alternativas que sean sustentables ecológica y culturalmente y, al mismo tiempo, practicar una resistencia semiótica a la redefinición de la naturaleza buscada por el capital ecológico y los discursos eco y neo-liberales.⁸ A nivel mundial, hay poca claridad sobre las posibles formas alternativas de desarrollo y organización socio-económica desde el punto de vista de lo eco-cultural (Escobar 1994a). Varios ecosocialistas han dedicado esfuerzos al desarrollo de lo que denominan «una teoría positiva de la producción». Este énfasis se refleja en el ámbito de los estudios ambientales en América Latina.⁹ Enrique Leff, por ejemplo, asevera que «no existe una teoría acabada del desarrollo sustentable y de la producción basada en una racionalidad ambiental» (1992a: 62). Su obra, de hecho, está dedicada a esta tarea, para lo cual propone una perspectiva integrada que considere aspectos ecológicos, culturales, y

productivos/tecnológicos. Esta perspectiva requiere de «una construcción teórica sobre una *racionalidad productiva alternativa*, que incorpore los procesos culturales y ecológicos como fundamento del proceso productivo» (1992a: 65). La cultura es vista no solo como instancia mediadora del uso de la naturaleza y de la acción del capital, sino también como un sistema de relaciones sociales «que potencian el aprovechamiento integrado, sustentable y sostenido de los recursos naturales» (p. 66). La cultura, de esta forma, deviene en condición general de la producción y base de la innovación tecnológica.

Leff introduce las nociones de *productividad eco-tecnológica* y de *racionalidad ambiental*, «donde el proceso productivo está conformado por tres niveles de productividad: ecológica, tecnológica y cultural» (1992a: 71; 1992b; 1986a). En el nivel cultural, se deben «traducir los valores y organizaciones culturales en un principio de productividad para el uso sustentable de los recursos naturales» (1993: 50). La necesidad de esta traducción se ve más claramente en el caso de los grupos étnicos que han mantenido una distancia socialmente significativa de la modernidad. Estos grupos poseen una cultura ecológica que debe ser vista como la base de una propuesta económica y tecnológica propia, lo cual implica que la naturaleza no se reduzca a un objeto de mercado bajo el signo de la ganancia. Para que esta visión se convierta en realidad, los grupos sociales tendrán que desarrollar formas de democracia ambiental y esquemas participativos de planificación y gestión ambiental. Esto a su vez requiere como principios la «decentralización económica, autogestión productiva, diversidad étnica, autonomía cultural, y calidad de vida» (1992b: 51). La

⁸ Más aún, un mismo estado puede introducir políticas que representan esquizofrénicamente ambas tendencias. En la Costa Pacífica colombiana, región de bosque tropical húmedo y de legendaria biodiversidad, por ejemplo, coexisten el Plan Pacífico para el Desarrollo Sostenible (sic), que obedece en general a la lógica de la primera forma del capital ecológico, y el Proyecto Biopacífico, cuyo objetivo es la preservación de la biodiversidad, y el cual opera bajo la dinámica postmoderna conservacionista. La relación entre estos dos proyectos es bastante interesante,

incluyendo el hecho de que los movimientos sociales participan parcialmente en el segundo pero no en el primero de ellos, al cual resisten en la medida en que pueden.

⁹ La obra de autores tales como Gilberto Gallopín, Nicolo Gligo, Julia Carabias, Pablo Gutman, Hebe Vesuri, Jorge Morello, Julio Carrizosa y Osvaldo Sunkel, entre otros, forman parte del marco de referencia de los estudios ambientales en América Latina en el cual participa el ecosocialista mexicano Enrique Leff, cuyos conceptos se resaltan en este aparte.

creación de espacios autónomos a nivel local en los cuales se pueda promover proyectos alternativos podría ser una forma concreta de desarrollar esta estrategia. Otros requerimientos incluyen la reorientación de los procesos tecnológicos y educativos; reformas estatales; reasignación de responsabilidades, incluyendo nuevos derechos sobre la gestión de los recursos naturales, técnicos y culturales; y la creación de una verdadera cultura ambiental, que promueva los valores de la racionalidad productiva alternativa. El éxito de esta propuesta, según Leff, dependerá de la posibilidad de articulación entre las economías autogestionarias locales que se embarquen en la construcción de esquemas alternativos, y las economías nacionales y mundiales. Leff visualiza estas articulaciones como un proceso de transición que abra nuevos espacios de concertación entre la economía de mercado dominante y los espacios de autogestión locales y regionales basados en racionalidades alternativas. Es necesario agregar que las comunidades locales necesitan hoy en día experimentar con formas productivas y organizativas alternativas y, al mismo tiempo, practicar una resistencia semiótica y cultural a la reestructuración de la naturaleza efectuada por la ciencia y el capital en su fase ecológica. El balance de estas dos prácticas político-culturales es precario, pero los movimientos sociales parecen abocados a ello.

LA REINVENCIÓN DE LA NATURALEZA: BIODIVERSIDAD, BIOTECNOLOGÍA Y CIBERCULTURA

Ahora bien, los esfuerzos de liberales, culturalistas y ecosocialistas por aprehender la relación entre naturaleza y sociedad que se está tejiendo a finales de siglo XX podrían palidecer ante la radical reinvencción de la naturaleza que, al acercarse el nacimiento del nuevo milenio, están proponiendo ciertos científicos y biotecnólogos del Primer Mundo. Creemos que los discursos de biodiversidad y desarrollo sostenible deben situarse

dentro del marco más global de lo que la historiadora y crítica cultural Donna Haraway ha llamado «la reinvencción postmoderna de la naturaleza». Esta reinvencción está siendo promovida por ciencias tales como la biología molecular, programas de investigación como el Proyecto del Genoma Humano y la nueva biotecnología. Estos cambios están determinando la desaparición final de nuestras nociones orgánicas de la vida. Expliquemos brevemente esta nueva situación.

El trabajo de Haraway (1985, 1989, 1991, 1992) forma parte de una nueva escuela de «estudios sociales de la ciencia», la cual examina la forma en que la ciencia, supuestamente objetiva, es sin embargo, y necesariamente, influenciada por la historia.¹⁰ No solo la naturaleza, como objeto de la ciencia, es «socialmente construida»; tanto la ciencia como su objeto están influenciadas por la historia, las formaciones económicas, la tecnología, etc. A pesar de sus esfuerzos por situarse fuera de la historia, la ciencia es una pieza en el tráfico entre la naturaleza y la cultura. Este tráfico toma la forma de múltiples narrativas o discursos. La biología, en palabras de Haraway, es una de estas narrativas en la cual «tanto los científicos como los organismos son actores en la fabricación de las historias» (1989a: 5). El referirse a la ciencia como una narrativa no equivale a descartarla; al contrario, es considerarla en la forma más seria posible, sin sucumbir ni a su mistificación como «la verdad», ni al escepticismo irónico de muchos críticos. La ciencia produce potentes verdades, formas de crear e intervenir en el mundo y en nosotros mismos. Pero estas verdades no son simplemente el reflejo de la esencia de las cosas. Aunque la ciencia nos da valiosa información sobre el mundo, los científicos también son partícipes en la historia y la cultura, de tal modo que la ciencia se convierte en un discurso político de gran importancia.

Para Haraway, de este modo, la biología aparece no como una empresa neutral sino como una actividad ligada a la reproducción

¹⁰ Para una revisión de los estudios sociales de la ciencia

en varias partes del mundo, Sanmartín et al. (1992).

de relaciones sociales capitalistas. En ciertos campos, tales como la primatología, la etología, y la sociobiología, es claro para Haraway que la naturaleza, incluyendo la humana, ha sido teorizada y construida sobre la base de la escasez y la competencia, es decir, en términos del capitalismo y el patriarcado. En la inmunología, el sistema inmune es modelado como un campo de batalla. Los nuevos discursos inmunológicos ya no describen al ser vivo en términos de organismos jerarquizados, sino de acuerdo a variables tales como códigos, sistemas de comunicación, redes de orden y control (command-control networks), y resultados probabilísticos. Las patologías se convierten en el resultado de «stress» y «fallas de comunicación» en los sistemas (Haraway 1991).

Haraway interpreta estos cambios como la des-naturalización de las nociones de «organismo», «individuo», «especie» etc., nociones esenciales a la modernidad y sus ciencias. Emerge en remplazo una nueva entidad: el «cyborg». Cyborgs son criaturas híbridas, mezclas de máquina y organismo, «tipos particulares de máquinas y tipos particulares de organismo propios de finales del siglo XX» (1991: 1). Los cyborgs son ensamblajes estratégicos de componentes orgánicos, tecnológicos, y textuales (discursivos o culturales). La «Naturaleza» (con N mayúscula, con toda la organicidad que le ha dado la modernidad) cesa de existir; empieza a ser construida con mayor claridad que nunca. Al mismo tiempo, las fronteras entre naturaleza y cultura, y entre organismo y máquina, son re-trazadas por fuerzas en las cuales los nuevos discursos de la ciencia juegan un papel muy importante. La naturaleza, los organismos, el humano deben ser reinterpretados, de acuerdo a Haraway, como actores «materiales-semióticos». Son contruidos, y se ven abocados a construirse a sí mismos, en medio de muchas fuerzas contradictorias y potentes, incluyendo, entre otras, intereses científicos y comerciales

(el capitalismo, la bioingeniería), máquinas de múltiples propósitos (tecnologías de producción de imágenes del cuerpo; laboratorios científicos; computadores), y producciones culturales de diverso tipo, incluyendo las narrativas de la ciencia (Haraway 1992).

Los «organismos», de esta forma, deben ser vistos como articulaciones de elementos orgánicos, tecnológicos (o tecnoeconómicos), y textuales. Las fronteras entre estos tres dominios son permeables y difusas. Aunque la naturaleza, los cuerpos y los organismos tienen sin duda una base orgánica, se producen cada vez más en interacciones con máquinas (prótesis de todo tipo, el computador que uso para escribir estas frases), y esta producción es siempre mediatizada por narrativas o discursos culturales y científicos. Para Haraway, esto significa que la búsqueda de «unidades orgánicas» es estéril. Por el contrario, debemos abrirnos a la posibilidad de que lo orgánico y lo tecnológico no son necesariamente opuestos. En la ruptura de las distinciones nítidas entre organismo y máquina, podemos tal vez encontrar nuevas posibilidades de realizarnos como humanos. Los cyborgs no son necesariamente el enemigo. Un corolario de este análisis es que ecólogos, feministas, activistas y científicos disidentes deben prestar mayor atención a las relaciones sociales de la ciencia y la tecnología, ya que estas determinan cada vez más qué somos como humanos.

El trabajo de Haraway refleja la transformación profunda que está siendo producida en la naturaleza de la vida y de lo social por las tecnologías de computadores, la informática, y la biotecnología basada en la genética y la biología molecular. Esta transformación —que marcaría finalmente el final de la modernidad como la conocemos y el advenimiento de la cibercultura— está avanzando rápidamente en el Primer Mundo y sin duda comienza a extenderse al Tercero (Escobar 1994b).¹¹ Los críticos de las

¹¹ Los autores de ciencia ficción han captado acertadamente el carácter de esta transformación. Los nuevos mundos de la ciencia ficción están poblados por

cyborgs de todo tipo (personajes con interfases y prótesis tecnológicas con múltiples fines), ciberespacios y realidades virtuales, y, en general, nuevas posibilida-

nuevas tecnologías pintan un futuro gris. Sin embargo, como Haraway y otros sugieren, estas podrían presentar posibilidades para configuraciones sociales más justas.

Los obstáculos a la realización de esta posibilidad son claros. Los logros de la biotecnología hasta ahora solo han ahondado el control sobre la naturaleza y el Tercer Mundo. En el campo de la biodiversidad, por ejemplo, los nuevos tratados aseguran el control del material genético —casi todo del Sur— por empresas y gobiernos del Norte (Shiva 1993). De allí la insistencia de estos últimos en que se permita patentar toda forma de vida así como los materiales contenidos en los bancos de genes. Para las entidades del Norte, lo importante es asegurar el acceso continuado a los recursos del Sur, ya que éstos son la base de una inmensa industria. La protección de la propiedad intelectual de la materia viva está siendo promovida por entidades internacionales no como forma de proteger a las comunidades del Tercer Mundo, sino para asegurar su privatización y explotación por el capital. «La biotecnología ha introducido la 'vida' en la esfera industrial de la búsqueda de beneficios. Además, en este ámbito, está aumentando la presión para que las formas de vida se traten de la misma manera que los productos industriales» (Hobbelink 1992: 65). Igualmente, la biorevolución en la agricultura se cierne sobre el Tercer Mundo como un fantasma cuyo impacto puede llegar a ser aún mayor que el de la Revolución Verde. En palabras de tres estudiosos del tema: «Nuevas formas tecnológicas ... modificarán tremendamente el contexto en el cual el

cambio tecnológico en el Tercer Mundo es concebido y planificado. Pensamos que las tecnologías emergentes que se empiezan a conocer como «biotecnología» serán, con respecto a la Revolución Verde, lo que esta última fue con respecto a las plantas y prácticas tradicionales.» (Buttel, Kenney y Kloppenburg 1985: 32)¹².

Muchos son los ejemplos que ya se mencionan como advertencia contra los peligros para las comunidades del Tercer Mundo de estos nuevos adelantos científicos.¹³ Desde la perspectiva latinoamericana, por ejemplo, se teme que el impacto de las nuevas biotecnologías (basadas en la biología molecular y la ingeniería genética pero también en recientes desarrollos en la química de productos naturales, el aislamiento y cultivo de células y tejidos, la energética y la ciencia de materiales) sea tremendo si no se realizan profundos cambios en la estructura socioeconómica actual. Se discute que, en la medida en que las nuevas tecnologías están siendo gestadas por formaciones sociales capitalistas, se reste cada vez más autonomía a los países pobres. El lado opuesto de la moneda, presenta la posibilidad de diseñar estrategias científico-tecnológicas que, entre otros logros, permitan la utilización de la creatividad local, promuevan el pluralismo tecnológico y la integración positiva de las nuevas tecnologías a las existentes, y hagan accesible tecnologías novedosas a las poblaciones marginadas (Gallopín 1990).

Con referencia a la biodiversidad, se plantea la posibilidad de que las nuevas biotecnologías tengan gran capacidad de articularse con tecnologías y conocimientos

des de ser en conjunción con novedosos arreglos tecnológicos. Un nuevo género, el «cyberpunk», relata y describe estos mundos que prefiguran el avance de la cibercultura. Véanse por ejemplo las novelas de William Gibson, en especial *Neuromancer*, la novela que inaugurara la era del ciberespacio (1984). Para una introducción a, y discusión de, la cibercultura, véase Benedikt, ed. (1991); Kurzweil, ed. (1990); y Escobar (1994b).

¹² Las perspectivas a este nivel, de acuerdo al análisis que estos autores han realizado del comportamiento de las corporaciones, son deprimentes. Las corporaciones están liderando la investigación en áreas tales como genética de plantas, cultura de tejidos, y el

uso de microorganismos genéticamente alterados. Y todo esto con motivos estrictamente comerciales, a veces en contradicción clara con las necesidades del Tercer Mundo. Véase también Gallopín (1990), Hobbelink (1991).

¹³ Uno de los más recientes es la obtención de una patente, por parte de una compañía norteamericana de un biopesticida de uso tradicional en la India (Nim). Un caso similar es la patente aprobada a la Universidad de Toledo (USA) de un detergente natural de Etiopía. Para otros ejemplos, véase los trabajos de Hobbelink (1992), Shiva (1992), y Assis (1991), así como los trabajos del Genetic Resources Action International (GRAIN, Girona 25, 08010, Barcelona).

populares tradicionales y alternativos. Así, se hibridarían las técnicas de base cultural (tradicional), las modernas (intensivas en el uso de energía), y las nuevas tecnologías (dependientes de la información y la investigación científica intensiva) en la preservación y valorización de la biodiversidad (Assis 1991). Esta última alternativa, presentada a manera de hipótesis, sería de gran importancia para los grupos populares y los movimientos sociales encargados de la biodiversidad, así sea concebida dentro de una perspectiva capitalista moderna.

Queremos finalizar mencionando el proyecto que epitomiza los posibles alcances de las nuevas tecnologías. Nos referimos al proyecto para producir un mapa de todo el genoma humano, The Human Genome Project, al cual se están dedicando muchos millones de dólares, particularmente en los Estados Unidos. Para algunos observadores, los resultados de este proyecto pueden convertirse en «una fuerza infinitamente mayor de lo que fue la revolución de la física en cuanto a moldear la sociedad y la vida» (Rabinow 1992: 241); la nueva genética, al dispersarse en un gran número de prácticas médicas y científicas, puede llegar a penetrar en la vida diaria como nunca pudo llegar a hacerlo tecnología alguna. El resultado sería la conformación de un *régimen biosocial*, queriendo decir con esto que «la naturaleza será hecha a través de la técnica, convirtiéndose finalmente en algo artificial» (Rabinow 1992: 241). La genética, la inmunología y el ambientalismo científico «son los vehículos líderes para la infiltración de la tecnociencia en lo que los modernos llaman 'naturaleza'» (p. 245).

De acuerdo a Evelyn Fox Keller, la nueva genética, además de despertar otra vez más el fantasma del determinismo biológico, señala el comienzo de una era en la cual «las fuerzas de la naturaleza y de la cultura serán radicalmente reconcebidas» (1992: 288). Se proclama una nueva «maleabilidad» de la naturaleza, traducida ingenuamente en la posibilidad de que la biología molecular —al prometer curar un amplio repertorio de enfermedades genéticas, muchas de las cuales, como lo afirma Keller, son dudosamente clasificadas como tales— posea la llave de una gran felicidad para la humanidad. El

«derecho a genes saludables» podría bien llegar a convertirse en el grito de batalla de verdaderos ejércitos de reformistas médicos; requeriría, para hacerse efectivo, de redes de examinación y control más exhaustivas que las examinadas por Foucault (1975) en relación con el nacimiento de la clínica en el amanecer de la era moderna.

Lo que la reinención de la naturaleza que hemos discutido significa para el Tercer Mundo está por verse. Hay que comenzar por inventar un lenguaje para hablar de estos temas desde la perspectiva de las comunidades del Tercer Mundo. Es necesario atreverse a imaginar un lenguaje de autoafirmación cultural que sin embargo permita a las comunidades y naciones del Tercer Mundo reposicionarse en los espacios de las conversaciones y procesos globales que están re(con)figurando al mundo. No debe el Tercer Mundo someterse pasivamente a las reglas del juego sentadas por los poderes de siempre. El discurso del desarrollo sostenible es claramente inadecuado para encarar este desafío. Las comunidades organizadas del Tercer Mundo tendrán que dialogar entre ellas para poder enfrentar con algún margen de optimismo la internacionalización del capital ecológico y la reinención de la naturaleza y la vida que se cierne sobre ellos. La solidaridad ecológica (especialmente Sur-Sur pero sin duda también Norte-Sur-Norte) tendrá que aprender a movilizarse en este peligroso terreno. Se trata del futuro de las culturas, de la naturaleza, y de la vida misma.

NATURALEZAS HÍBRIDAS: ¿UN CONTEXTO PARA LA PRÁCTICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

El concepto de «culturas híbridas» —lanzado por el antropólogo mexicano Néstor García Canclini (1990) con base en el trabajo del grupo sobre políticas culturales de la CLACSO— ha originado un fructífero programa de investigación en varios países de América Latina. Este programa busca identificar los procesos específicos de hibridación cultural que se dan entre los grupos populares del continente a partir de múltiples tradiciones y modernidades, así como las condiciones bajo las cuales dichas hibri-

daciones pudieran contribuir a la afirmación de las culturas y la autonomía de los grupos locales. Al comienzo de este trabajo, lanzamos la hipótesis de las naturalezas híbridas. Sin embargo, si bien podemos hablar de un régimen de «naturaleza orgánica» en las sociedades premodernas, de «naturaleza capitalizada» en las modernas, y de «naturaleza construida» en la postmoderna, es necesario reconocer dos cosas desde la perspectiva del presente artículo: para los humanos, no existe naturaleza fuera de la historia (y, en este sentido, todos los regímenes son de «naturaleza construida»); y al hablar de regímenes premodernos, modernos y postmodernos no queremos demarcar procesos históricos estrictamente lineales. Los tres regímenes coinciden históricamente hoy en el mundo, si bien con relaciones de poder claras entre ellos. Hay que investigar las condiciones bajo las cuales existen, se articulan, y entran en conflicto.

La defensa del régimen de naturaleza orgánica por parte de las comunidades locales se basa en el simple hecho de que la relación entre naturaleza y sociedad que encarna dicho régimen —articulada por conocimientos locales no objetivantes y una cierta práctica cultural y sistema de relaciones sociales locales— es todavía un hecho socialmente significativo para ellas. Sin embargo, en su práctica política los movimientos sociales en defensa de la naturaleza tienen que enfrentar los regímenes de naturaleza y tecnologías modernas destructivas, cuya presencia e impacto buscan minimizar, y de naturalezas construidas y biotecnologías —los cuales buscan utilizar a su favor y mantener bajo su control en la medida posible, es decir, bajo el control de una economía política popular, como dice Martínez Alier (1992). ¿Cuáles serían las condiciones sociales que favorecerían la estrategia de culturas, naturalezas y tecnologías híbridas por parte de los movimientos sociales populares de corte ambientalista? ¿Qué práctica política haría posible visualizarla como proyecto colectivo? ¿Qué otros actores —estado, científicos, ONGs, industria— podrían ser incorporados en alguna medida a su desarrollo? Si el capital se ve obligado a una articulación social para su «buen» funcionamiento —entre fuerzas y relaciones de producción, entre ca-

pacidad para producir y capacidad para consumir, entre salarios y ganancias— ¿no se ve también cada vez más presionado a una articulación ecológica (entre economía y naturaleza, ampliamente hablando) y a una articulación cultural (cierto pluralismo cultural que haga posible la conservación y explotación adecuada de los recursos de la biodiversidad, por ejemplo)? Cada una de estas articulaciones está generando contradicciones que hay que analizar pero que los movimientos sociales podrían aprovechar para labrar sus estrategias. Tecnociencia, capital y movimientos sociales se ven abocados a una difícil lucha entre ellos que los acerca y los aleja a medida que negocian el significado de la naturaleza a lo largo y ancho de los ejes orgánico-capitalizado-construidos. Como afirma Ramachandra Guha (1994), se insinúa un nuevo tipo de conflicto social de clase centrado en la naturaleza. Estas luchas parecen insistir en que no puede haber naturaleza sin justicia social. Y la justicia social aún pasa por la defensa de la naturaleza orgánica, si bien comience a preguntarse por la naturaleza construida en su lucha contra la capitalización destructiva de los recursos.

CONCLUSIÓN

Los tres discursos analizados en el presente trabajo conllevan diferentes necesidades de conocimientos, diferentes espacios de lucha, y diferentes tareas políticas. Rara vez existen exponentes puros de uno de estos discursos; los discursos se influyen e interpenetran unos a otros, tanto en la teoría como en la práctica. La ecología contemporánea debe entonces ser vista como un espacio disputado por múltiples lenguajes, a pesar de que el lenguaje dominante intente con persistencia traducir los lenguajes populares a su gramática y reglas de juego (Lohmann 1993); trata, más aún, de invitar a los grupos minoritarios a que participen en la traducción de su propia realidad en los términos abstractos y cuantificables que definen los espacios que domina. Queda al lector desarrollar una práctica ambientalista particular en conjunción con otros actores sociales: ONGs, entidades internacionales, comuni-

dades locales, movimientos sociales, discursos de la ciencia y la modernidad. Es un signo de nuestros tiempos el que la articulación de una ética de vida pase por las opciones ecológicas. No es esta la única instancia mediadora de la ética como práctica política. También las luchas culturales, étnicas y de género se vislumbran siempre en el horizonte.

La dinámica del capital en el momento actual pareciera privilegiar las nuevas biotecnologías, las cuales capitalizan la naturaleza al plantear valor en ella por medio de la investigación científica. Hasta los genes humanos (y de otras especies) se convierten en parte de las condiciones de producción, es decir, una arena importante para la restructuración del capital y, por tanto, para la resistencia. Si la producción de árboles en plantaciones constituyó un paso importante en la capitalización de la naturaleza hace más de dos siglos, la producción de árboles diseñados genéticamente (o los famosos tomates cuadrados producidos en la Universi-

dad de California en Davis), transfiere este proceso a niveles no inimaginados. Distancia al árbol un paso más de «la naturaleza orgánica». Por esta razón, la ascendencia del régimen biosocial debe ser considerado como esencial en toda discusión ecológica.

En resumidas cuentas, necesitamos nuevas narrativas de la cultura y de la vida. Estas narrativas deberán ser híbridos de algún tipo, en el sentido de que deben partir de las mediatizaciones e hibridaciones que las culturas locales logren efectuar sobre los discursos y prácticas del capital y la modernidad. Esta es una tarea colectiva en la cual los movimientos sociales sin duda van a jugar un papel primordial. La tarea supone luchas por construir identidades colectivas y por redefinir las fronteras y modos de relación entre naturaleza y cultura. ¿Cómo imaginar estas relaciones en formas creativas? ¿Cómo imaginar propuestas alternativas de relacionar —a través de una práctica distinta— cultura, economía y ambiente?

BIBLIOGRAFIA

ASSIS, Luis Fernando Soares de, 1991, *La región frente a la negociación de la biodiversidad*. Santiago de Chile: CEPAL.

BAUDRILLARD, J., 1975, *The Mirror of Production*. St. Louis: Telos Press.

BENERIA, L., y SHELLEY F., eds., 1992, *Unequal Burden: Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*. Boulder: Westview Press.

BUTTEL, F.; MARTIN, K. y KLOPPENBURG, J., 1985, «From Green Revolution to Biorevolution: Some Observations on the Changing Technological Basis of Economic Transformation in the Third World», *Economic Development and Cultural Change* 34(1): 31-55.

BUTTEL, F.; HAWKINS, A. y POWER, G., 1990, «From Limits to Growth to Global Change: Contrasts and Contradictions in the Evolution of Environmental Science and Ideology», *Global Environmental Change* 1(1): 57-66.

CEPAL. 1990a. «Antecedentes y propuestas para un desarrollo ambientalmente sustentable. En: *Estrategia internacional del desarrollo: al-*

gunas consideraciones desde la óptica de América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL. 1990b. *Democracia, concertación y sustentabilidad ambiental en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL. 1991a. *El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente*. Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL. 1991b. «Plataforma de Tlatelolco sobre Medio Ambiente y Desarrollo». En: *Informe de la Reunión Regional para América Latina y el Caribe Preparatoria de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*. Santiago de Chile: CEPAL.

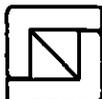
CONABLE, B., 1987. Address to the World Resources Institute. Washington, D.C.: The World Bank.

DELEUZE, GILLES, y GUATTARI, F. 1987, *A Thousand Plateaus*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

DOUROJEANNI, A., 1991, *Integración de regiones y culturas y su impacto en el desarrollo sustentable*. Santiago de Chile: CEPAL.

- ESCOBAR, A., 1994a, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- 1994b, «Welcome to Cyberia: Notes on the Anthropology of «Cyberculture». *Current Anthropology* 35(3): 211-231.
- FOUCAULT, M., 1975, *The Birth of the Clinic*. New York: Vintage Books.
- 1985, *The Use of Pleasure*. New York: Vintage Books.
- GARCIA CANCLINI, N., 1990, *Culturas Híbridas: Estrategias para Entrar y Salir de la Modernidad*. México, D.F.: Grijalbo.
- GALLOPIN, G., 1991, *La sustentabilidad ambiental del desarrollo y el cambio tecnológico en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: CEPAL.
- GLIGO, N., 1991., «Medio ambiente y recursos naturales en el desarrollo latinoamericano». En: *El desarrollo desde adentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*. Osvaldo Sunkel, ed. Pp. 233-273. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- GUHA, R., 1994., «The Environmentalism of the Poor». Presentado en la Conferencia «Dissent and Direct Action in the Late Twentieth Century», organizada por la Fundación Harry F. Guggenheim, Otavalo, Ecuador, Junio 16-19, trad. cast. en *Ecología Política*, n.º 8.
- HARAWAY, D., 1989., *Primate Visions*. New York: Routledge.
- 1991, *Simians, Cyborgs, and Women. The Reinvention of Nature*. New York: Routledge.
- 1992, «The Promises of Monsters: A Regenerative Politics of Inappropriate(d) Others». En: *Cultural Studies*. Lawrence Grossberg, Cary Nelson, and Paula Treichler, eds. Pp. 295-337. New York: Routledge.
- HOBBELINK, H., 1991, *Biotechnology and the Future of World Agriculture*. Londres: Zed Books, trad. cast. Nordan, Montevideo.
- 1992, «La Biodiversidad Biológica y la Biotecnología Agrícola». *Ecología Política* No. 4: 57-72.
- KELLER, E.F., 1992, «Nature, Nurture, and the Human Genome Project». *The Code of Codes: Scientific and Social Issues in the Human Genome Project*. Daniel J. Kevles y Leroy Hood, eds. Pp. 281-299. Cambridge: Harvard University Press.
- LEFF, E., 1986a, *Ecología y Capital*. México, D.F.: UNAM, 2.ª ed. Siglo XXI, 1994.
- 1986b, «Ambiente y Articulación de Ciencias». En: *Los Problemas del Conocimiento y la Perspectiva Ambiental del Desarrollo*. Pp. 72-125. México, D.F.: Siglo XXI.
- 1992a, «Cultura Democrática, Gestión Ambiental y Desarrollo Sustentable en América Latina». *Ecología Política* No. 4: 47-55.
- 1992b, «La Dimensión Cultural y el Manejo Integrado, Sustentable y Sostenido de los Recursos Naturales». En: *Cultura y Manejo Sustentable de los Recursos Naturales*. Enrique Leff and J. Carabias, eds. México, D.F.: CIIH/UNAM.
- 1993, «Marxism and the Environmental Question: From the Critical Theory of Production to an Environmental Rationality for Sustainable Development». *Capitalism, Nature, Socialism* 4(1): 44-66.
- LOHMAN, L., 1993, «Translation Politics: Villagers, NGOs, and the Thai Forestry Sector Master Plan». Presentado en la reunión, «Alternatives to the Greening of Economics», Bellagio (Italia), Agosto 2-6.
- MARGLIN, S., 1992, Alternatives to the Greening of Economics: A Research Proposal (manuscrito, Harvard University).
- MARTINEZ ALIER, Juan, 1992, *Ecología y Pobreza*. Valencia: Centre Cultural Bancaixa.
- MERCHANT, C., 1980, *The Death of Nature*. New York: Harper and Row.
- NORGAARD, R., 1991, *Sustainability as Intergenerational Equity*. Washington, D.C.: World Bank Internal Discussion Paper No. IDP 97.
- O'CONNOR, J., 1988, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction». *Capitalism, Nature, Socialism* 1(1): 11-38, trad. cast. en *Ecología Política*, n.º 1.
- 1992, «A Political Strategy for Ecology Movements». *Capitalism, Nature, Socialism* 3(1): 1-5.
- O'CONNOR, M., 1993, «On The Misadventures of Capitalist Nature». *Capitalism, Nature, Socialism* 4(4): 7-40, trad. cast. en *Ecología Política*, n.º 7.
- PANAYOTOU, Th., 1991, «Is Economic Growth Sustainable? (Discussion with Lester Brown)». *Proceedings of the World Bank Annual Conference on Development Economics*. Pp. 353-362. Washington, D.C.: The World Bank.
- POLANYI, K., 1957, *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.
- RABINOW, P., 1992, «Artificiality and Enlightenment: From Sociobiology to Biosociality». En: *Incorporations*. Jonathan Crary y Sanford Kwinter, eds. Pp. 234-252. New York: Zone Books.
- REDCLIFT, M., 1987, *Sustainable Development: Exploring the Contradictions*. Londres: Routledge.

- SACHS, W., 1988, «The Gospel of Global Efficiency». *IFDA Dossier* No. 68: 33-39.
- SACHS, W., 1992, «Environment». En: *The Development Dictionary*. Wolfgang Sachs, ed. Pp. 26-37. Londres: Zed Books.
- 1992, *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*. Londres: Zed Books.
- SANMARTIN, J.; CUTCLIFFE, S.H.; GOLDMAN, S.L. y MEDINA, M., 1992. *Estudios sobre Sociedad y Tecnología*. Barcelona: Antropos.
- SHIVA, V., 1993, *Monocultures of the Mind. Perspectives on Biodiversity and Biotechnology*. Londres: Zed Books, trad. cast., Red del Tercer Mundo, Montevideo.
- 1992, «The Seed and the Earth: Women, Ecology and Biotechnology». *The Ecologist* 22(1): 4-8.
- 1989, *Staying Alive. Women, Ecology and Development*. London: Zed Books. trad. cast., Red del Tercer Mundo, Montevideo.
- VISVANATHAN, Shiv., 1991, «Mrs. Brundland's Disenchanted Cosmos». *Alternatives* 16(3):377-384.
- World Commission on Environment and Development, 1987, *Our Common Future*. New York: Oxford University Press.
- World Resources Institute, 1992, *Estrategia Global para la Biodiversidad*. Washington: WRI/UICN/PNUMA.



NUEVA SOCIEDAD

MARZO-ABRIL 1995

Director: Healdulf Schmidt

Nº 136

Jefe de Redacción: S. Chejfec

COYUNTURA: Suzy Castor, Haití. El reto de una nueva policía. Simón Pachano, Ecuador. La despolitización de la política. **APORTES:** Allen Hunter, Los nuevos movimientos sociales y la revolución. Pablo González Casanova, La democracia de los de abajo y los movimientos sociales. Gerónimo de Sierra, El debate sobre la especificidad de los países pequeños. El caso latinoamericano. **CRÓNICAS:** Martín Hoppehaya, Respirar Santiago. **TEMA CENTRAL:** Imelda Vega-Centeno, Sistemas de creencia. Entre la oferta y demanda simbólicas. Regina Novas, Raíces y alas. Creencias y constantes en las Comunidades Eclesiales de Base. Diego Irarrazabal, Nueva época en las comunidades, religiosas y culturales. Pedro Trigo, Organización popular e identidad barrial en Caracas. Otto Kallscheuer, Dioses extraños o las fronteras de la tolerancia. Un cuadro enigmático. Pablo Richard, La Fuerza del espíritu. Religión y Teología en América Latina. Raúl H. Mora Lomeli, Religión y vida en Chiapas. Rodolfo Cardenal, Iglesia y procesos de paz: el caso de El Salvador. Fortunato Mallmael, El catolicismo latinoamericano a fines de milenio. Incertidumbre desde el Cono Sur. **POSICIONES:** CEPAL, La Cumbre Social. Una visión desde América Latina y el Caribe.

SUSCRIPCIONES

(incluido flete aéreo)

América Latina

Resto del mundo

Venezuela

ANUAL

(6 núms.)

US\$ 50

US\$ 80

Bs. 1.900

BIENAL

(12 núms.)

US\$ 85

US\$ 140

Bs. 3.500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 81.712 - Chacao-Caracas 1060-A, Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.